

La revista *sYc* como laboratorio y yacimiento



Roberto Ferro

Instituto de Literatura Hispanoamericana-ILH, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina.

Noé Jitrik, como su admirado Macedonio Fernández, participa de un grupo muy reducido y privilegiado: con solo mencionar su nombre de pila pareciera decirse algo más que mentar la persona de un autor, ese índice proyecta sus textos hacia un lugar en el que convergen varias constelaciones temporales de múltiples inflexiones.

Su obra escrita, una literatura en sí misma pues abarca una diversidad genérica y una cuantiosa bibliografía, no puede ser pensada tan solo como la expresión de un sujeto, sino, antes bien, se reúne en torno de una cifra que acentúa el carácter distintivo de todo escritor: el modo en que marca sus textos con la singularidad de su ausencia. Y esa singularidad se condensa en su nombre de pila, como si fuera parte de un intercambio cercano e inminente con sus lectores, como si su ausencia estuviera sostenida por la inmediatez de su voz.

En estricta simetría con la pluralidad creativa con que su escritura se despliega, la variedad de su participación en el espacio literario comprende una rica gama de modalidades de intervención; nombrarlas tendría un doble riesgo, por una parte la enumeración podría ser abrumadora y, por otra, podría convertirse en un muestrario de pleonasmos. De todas ellas, su colaboración en la gestación de revistas ha sido una de sus tareas relevantes. Para corroborarlo basta nombrar como marco la ya mítica *Contorno*, en los años cincuenta, en el principio, y la dirección de la revista *Zama*, publicación del Instituto de Literatura Hispanoamericana, hasta el momento de su partida, el 6 de octubre de 2022. En este trabajo, he optado por centrarme en *sYc*, que concibió y dirigió durante diez años, desde noviembre de 1989, en que aparece el primer número, hasta agosto de 1999, en que se publica una edición doble, la 9/10.

Varios motivos justifican esa decisión. Además de participar en el Consejo de redacción de *sYc*, fueron años en los que gestamos un fuerte vínculo de amistad con Noé, lo que me permite evocar algunas situaciones deslizándome a los trazos de la autobiografía.

Una mirada retrospectiva siempre supone un riesgo, que trataré de sortear: la distancia temporal puede provocar un aplanamiento y la consecuente pérdida de la diversidad, de las entonaciones, de la modulación de los registros. Esa reducción a fórmulas y la posterior puesta en articulación a menudo conllevan una merma de matices y de atención a las particularidades. En este sentido, puede decirse que ese es uno de los rasgos distintivos del pensamiento de Jitrik porque la sutileza de los

matices y la captación de cada particularidad son marcas salientes de su pensamiento. La luminosidad de sus ideas y el innegable efecto fascinante que tiene su escritura lo ponen al reparo de la extrapolación y de la reproducción epigonal, porque en el tratamiento de las cuestiones más arduas sus trabajos aparecen como dispositivos abiertos, que posibilitan múltiples derivas de interpretación y, por consiguiente, no funcionan como consignas dogmáticas que clausuran cualquier instancia del debate.

En Jitrik se percibe, como en muy pocos, el modo en que un escritor produce teoría al leer. La crítica como mera explicación está alejada tanto de sus textos como de su forma de enseñar la literatura, en los que abominaba de toda traslación mecánica. Su *maniera* de concebir la literatura convoca a sus lectores y a los que hemos asistido a sus clases a desconfiar de cualquier variante crítica y/o teórica pensada como herramienta dispuesta para el uso reiterativo de procedimientos reglados *a priori*.

En el lapso que va desde la elaboración del proyecto hasta la posterior publicación de *sYc* se produce una serie de circunstancias que le dan una tonalidad propia a esos años en la rica trayectoria de Noé Jitrik. El período comienza con las alternativas de su regreso del largo exilio en México, en el campo académico es nombrado profesor titular de la cátedra de Literatura Latinoamericana II de la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que ejercerá hasta su jubilación en 1993. No es un dato menor el hecho de que Noé Jitrik nunca tuvo oportunidad de concursar para ese cargo; en el mismo orden de cuestiones y a pesar de la notable contribución a la vida académica de la Facultad de Filosofía y Letras, dirigiendo el Instituto de Literatura Hispanoamericana durante casi cuarenta años e integrando la Comisión de Doctorado, entre otras actividades, recién en diciembre de 2021 se le otorga el título de Doctor *Honoris Causa* en la Universidad de Buenos Aires, cuando la Universidad de Puebla en México ya lo había distinguido con ese título en 2000, la Universidad de la República del Uruguay y la Universidad Nacional de Cuyo en 2009 y la Universidad Nacional de Tucumán en 2017.

A mediados en 1987, Eduardo Vázquez, un allegado a Noé, le propone financiar una revista y lo convoca para que elabore el proyecto y la dirija. Tal como consta en el primer número, el Consejo de Dirección estaba integrado por Omar Borré, Roberto Ferro, Alfredo Rubione y Graciana Vázquez Villanueva. La dirección postal era Corrientes 2063, oficina 6, Capital Federal, que por aquel entonces era mi estudio, donde daba clases de literatura.

Desde el principio Noé pensaba que *sYc* debía ser una revista libro, lejanamente inspirada en *Poétique*, y siguiendo esa idea diagramó el primer número con Enrique Aguirrezabala: dos bandas de colores en los bordes de las tapas servirían para diferenciar las sucesivas ediciones; el sello editorial era “La torre abolida”, con la ilustración de la carta de tarot. A modo de editorial-manifiesto, en el número inicial, que luego se repetiría en cada uno de los siguientes, se exponían el sentido del nombre de la revista y, por consiguiente, los propósitos del proyecto:

En su nombre mismo, *sYc* es un resultado que conserva restos de un origen: en *s*, como inicial, vibran varias nociones (semiología, semiótica, semántica, sentido, significación), en *c*, otras tantas (comunicación, co-presencia, continuidad, campo). Pero al unirse, gracias a *Y*, conforman una nueva entidad, una presencia que ante todo propone el fantasma de la redundancia *sYc* como SIC, como “así es”. Pero el fantasma se reduce; ante todo porque en la medida en que *s* y *c* se transfieren cualidades fonéticas, “así es” pasa a ser “aquí es” y de ahí, porque el español lo permite, se llega a “aquí está”, en el cual se prueba un resultado.

Otro fantasma está detrás: *S/Z*. Si se lo reduce es porque la barra original aquí es claramente una *Y*. Lo que quiere decir que nos dejaremos tentar por las imitaciones,

efecto moral que ni siquiera hay que invocar por ese realzado predominio de *Y*. Ya lo decíamos: *s/c* son restos y signos, no son seguros, hay trasferencias entre ambos, como quien dijera que se “pasan” y dejan —lo que cada uno encierra o que ha quedado atrás— de ser. Lo seguro es *Y*, conjunción, lo seguro es la cópula, es lo deseable. O sea la articulación en el vasto reino de los significantes, considerando gentilmente, necrológicamente —puesto que son restos— las disciplinas. En suma, buscar —buscarnos— en la articulación de los significantes el proceso de producción de la significación: *nihil significans a me alienum puto*, sería la divisa de esta revista que “así” se abre.

El ofrecimiento de Eduardo Vázquez coincidía con dos desafíos que convergían en el pensamiento de Jitrik: oportunidad y vacío, que se traducían en la apertura a una posibilidad para intervenir en el campo cultural a partir de textualidades que habilitaran debates y convergencias en la instancias estéticas, literarias y de análisis de los discursos. La reflexión teórica será un dominante en la selección de los artículos ensayísticos que se iban a publicar.

Los años de *sYc*, puestos bajo una lente de aproximación que permita describir algunos de las inflexiones del pensamiento y la acción de Jitrik, términos en él tan emparentados, son los de un modo de ir elaborando sus intervenciones, así como en la publicación del libro *Historia e imaginación literaria* de 1995 expone el conjunto de ideas que luego irá desarrollando en los epílogos de los doce volúmenes de la monumental *Historia crítica de la literatura argentina* —que concibió y dirigió desde 1997 al convocar a los responsables de cada uno de los volúmenes, luego publicados por Emecé a lo largo de más de veinte años—. En estricta correlación con ese gesto distintivo, en su *Verde es toda teoría* (2010), una selección de sus ensayos, introduce un subtítulo *Literatura. Semiótica. Psicoanálisis. Lingüística*. Esa enumeración no es una serie cerrada que implique un anuncio de divisiones precisas, antes bien, alude a discursos cardinales que participan en su pensamiento; el orden del enunciado no implica un avance lineal ni menos aún la confirmación sedante de una cómoda ilación de la secuencia metodológica del trabajo intelectual.

Cada uno de los asuntos, de los problemas, de los interrogantes sobre los que Jitrik ha teorizado, no solo tiene que ver con la configuración del texto sino también con sus posibles expansiones y, por lo tanto, es un punto en el que el proceso y la trascendencia se fusionan. De tal modo que, por una parte, esos discursos y otros se intersecan en el adentro y el afuera de la semiosis y, por otra, se articulan en una temporalidad que no queda sometida al avance causal propio de la noción vulgar de tiempo. La búsqueda de saber en los textos de Jitrik aparece como una dimensión indecible que se tiende entre la mano que traza la escritura y el ojo voraz del lector perseverante en la construcción del sentido.

Esa caracterización es la que distingue los artículos publicados en *sYc* que se dan a leer como configuraciones multilineales sin contornos definitivos, surcados por modos de sedimentación y de fractura siempre en desequilibrio. La escritura exhibe en su trazado las variaciones inestables de un dispositivo abierto de lectura que desbarata todo intento de asimilar su textualidad a una significación unívoca y autorizada. En las maniobras de su entramado siempre se alude a un más allá de la letra impresa, a un exceso que hace que cada fragmento sea parte de una red tendida hacia la ausencia de otros textos, en la que cada pliegue aparece simultáneamente escindido y ligado, como si fuese un reverso incesante de sí mismo y de una totalidad sin fin.

Me refiero a que la elaboración de los conceptos sobre los que se asientan sus textos se desarrolla en la larga duración. Así la sintaxis de *sYc* tal como la concibió Jitrik, en

particular a partir del N° 2, debía articularse en torno de algunos temas que eran los que encabezaban el índice detallado en las tapas de la revista.

Esos ejes temáticos los abordaría luego bajo la denominación de “concentrados” que, como los define en la “Introducción” a su *Fantasmata semióticos: concentrados*, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 2007, responden a una particularidad o a una especificación, conveniente para tratar asuntos que, desde otra perspectiva, serían o son trivializados; tales asuntos podrían ser, resignadamente, simples palabras de significado bastante preciso, aunque no es por eso que reverberan y atraen, sino porque parecen lugares semánticamente interesantes —por poco que se admita que sugieren sentidos y usos, recursos interpretativos, pluralidad de sentidos y de funciones, categorías textuales y discursivas—. El interés que así despiertan tiene que ver, igualmente, con un orden de miradas que intersecan experiencias de transdisciplinariedad que han establecido una distancia decisiva respecto de epistemologías rígidas, como la del estructuralismo, y con el imperio de la “aplicación” de saberes bien establecidos sobre objetos difusos, como son los textuales.

“Concentrados semióticos” que serían, por lo tanto, “*topoi*”, lugares reconocibles en los textos y en los discursos, que suscitan movimientos interpretativos o los convocan, que los iluminan y permiten acercarse a su sentido, pero que también son objetos culturales, de existencia propia y autónoma, concitadores e incitadores, situados entre lo más abstracto de la realización verbal y lo más concreto. Tal como los precisa en su artículo “Los objetos culturales” de *sYc*, N° 4, en 1993. Si bien es en estos dos campos en los que pueden determinarse, se originan en la escritura misma, o bien es la escritura, con su movimiento, aquello que les confiere entidad de lugar. En cuanto a lo que llamamos “movimientos interpretativos”, convocan dos nociones, una teoría que los funda y justifica y una mecánica de acción conocida como “lectura”, condición o mediación necesaria para que la interpretación pueda radicar en alguno de esos “*topoi*”.

A lo que estoy aludiendo es a que *sYc* era para Noé un verdadero laboratorio en el que iba macerando sus ideas y las ponía a prueba en las largas discusiones que teníamos los que formábamos parte del Consejo de redacción. Ese espacio se mantuvo notablemente estable en todos los números publicados, entre 1989 y 1999, con una única modificación: la salida de Omar Borré y su reemplazo por Eduardo Grüner a partir del N° 3 de setiembre de 1992, dedicado a “Ficcionalización, ficción y textualidad”. En dicho número Noé incluye su texto “La palabra que no cesa”, donde expone la idea de *incesancia* como un movimiento perpetuo en las escrituras que no constituyen nunca su punto final:

Pero las cosas no pueden quedar así porque la repetición-reaparición significa; en primer lugar significa porque desplaza el lugar del significado y, luego, porque pone de relieve la dimensión de la “incesancia” que no sólo puede tener que ver, como parcialmente lo he señalado, con la configuración del texto sino también con un “más allá” del texto. Es este término, “incesancia”, el que me atrae en este momento y constituye el objeto principal de mi búsqueda: clave en ciertos procesos textuales, espesor de los textos y punto en el que el proceso y su trascendencia se fusionan, del modo en que se pueden encontrar el adentro y el afuera de la semiosis.

La incesancia no es producto de una acumulación de materiales que se van agregando, sino que la expansión significativa no aparece como la consecuencia del crecimiento cuantitativo del corpus, sino que cada texto reescribe los anteriores y les otorga otro espesor, otro volumen rizomático. La incesancia y la expansión significativa cuestionan la noción de primera lectura; por lo tanto, la lectura retrospectiva que realizo implica

que en mi trabajo cada uno de los textos se relaciona con todos los otros, y si bien el modo en que dispongo la exposición es progresiva, mi lectura no lo es.

Una de las recurrentes preocupaciones de Noé en torno de sus reflexiones teóricas era que el *quantum* de citaciones de sus ensayos parecía quedarse anclado en sus textos aparecidos hasta mediados de los ochenta y, luego, en los años siguientes se agregaban solo los referidos a la historia, dada la repercusión de la *Historia crítica*. Así, la aparición en 2000 de *Los grados de la escritura*, de editorial Manantial, no recibió la atención que Noé esperaba.

Los avatares de la economía en la Argentina cercenaron las buenas intenciones con que Eduardo Vázquez se había planteado respaldar financieramente la revista *sYc*, y apenas lanzado el número inicial se vio obligado a abandonar su compromiso. Sin embargo, los que estábamos involucrados en la publicación, movidos por un entusiasmo sostenido en gran medida por la perseverancia de Noé Jitrik, nos propusimos continuar y decidimos sostener con aportes personales los costos de la edición con la idea de que, una vez puesta en marcha la circulación de los ejemplares, pudiéramos soportar los costos con las ventas, lo que tan solo se cumplió a medias. Esa circunstancia acentuó una de las modalidades que se extendieron durante la existencia de la revista (salvo en el primer número, en que se incluyeron dos reseñas): *sYc* se centró en artículos ensayísticos relacionados con los “objetos culturales” en torno de los cuales se elaboraba cada edición. Todo ello finalmente terminó redundando en dos aspectos bien disímiles que distinguieron a la revista: por un lado, una muy cuidada revisión de los artículos a publicar convirtiendo cada número en una especie de pieza bibliográfica apreciada por el valor de las colaboraciones y el interés por los ejes en torno de los cuales se reunían; por otro, un enorme déficit en la distribución material de los ejemplares. Nunca pudimos cumplir la frecuencia de dos apariciones por año que se proclamaba con la salida de cada número y, al fin, cuando ya no nos fue posible sostener económicamente la continuidad de la revista, terminamos aceptando que la vida de *sYc* había transcurrido entre dos crisis: la hiperinflación del final de la primavera alfonsinista y la debacle de 2001.

Resulta ineludible, para dar cuenta acabadamente de la entidad de *sYc*, hacer un repaso por cada uno de los números que constituyen su recorrido.

El N° 1, de noviembre de 1989, el único que se editará bajo el sello La Torre Abolida, contaba, además de las colaboraciones de los integrantes de *sYc*, con las de Enrique Marí, Raúl Dorra, Margit Frenk, Jean Jacques Courtine y Eric Landowski.

El N° 2, de agosto de 1991, ya traía como encabezamiento de índice el “objeto cultural” que servía de punto de partida de los ensayos que lo componían. Teresa Carbó, Mariana Podetti, Walter Mignolo, Cecilia Sagol y Eduardo Grüner, que aún no formaba parte del *staff*, habían sido convocados para reflexionar sobre “Estado, institución, discurso”.

El N° 3, de setiembre de 1992, estaba centrado en “Ficcionalización, ficción y textualidad”, con artículos de Robert Hodge, Ana María Amar Sánchez, Carlos Pereda, Carlos Davis y Adriana Rodríguez Pérsico.

El N° 4, de mayo de 1993, abordaba el eje de “Los objetos culturales”, con ensayos de Raimundo Mier, Marcelo Abadi, Jean Jacques Courtine, Graciela Scheines, Jean Galard y Sophie Fisher.

El N° 5, de mayo de 1994, en torno de “Ciudad, hormigueante Ciudad”, reunía artículos de Rosalba Campra, Jean Jacques Courtine, César González Ochoa y Teun A. van Dijk.

El N° 6, de agosto de 1995, tenía como convocatoria “*Lux, pallida lux*” con aportes ensayísticos de Marcelo Abadi, Nicolás Casullo, Gonzalo Moisés Aguilar, Jorge Belinsky, Luis Gusmán y Jorge Monteleone.

El N° 7, de setiembre de 1996, sobre “El doble”, tenía los aportes de Jean Jacques Courtine, Eric Landoswski, Esther Cohen, Francisco Javier y Raúl Dorra.

El N° 8, de octubre de 1997, centrado en “La corrección”, traía las colaboraciones de Raymundo Mier, Luis Gusmán, Marcelo Abadi, Adolfo Castañón, Mario Goloboff, Jorge Baños Orellana y Silvia Ziblat.

Tras el primer traspie provocado por la salida de Eduardo Vázquez, que demoró dos años la aparición del número siguiente, habíamos logrado mantener una secuencia anual de las apariciones, pero la crisis económica del final del milenio nos obligó a salir en un volumen doble 9/10 tras dos años de postergación en agosto de 1999, en el cual colaboraron Luisa Ruiz Moreno, Oscar Alfredo Steimberg, Marcelo Abadi, Henri Meschonnic, Alejandro Horowicz, Raúl Dorra y Víctor Bravo. En la contratapa se anunciaba el N° 11 que iba a centrarse en “La Basura”, lo que revela que aún manteníamos una cuota de utopía que no pudimos cumplir. Aún hoy lamento que, tras una interminable espera y cuando la evidencia de la imposibilidad se presentó sin darnos alternativa alguna de continuidad, tuve que escribirle a Jacques Derrida comunicándole que su artículo no iba a ser publicado por nuestra revista.

Los anuncios en la contratapa de cada número de la convocatoria del siguiente se iban configurando a través de las largas discusiones que teníamos los que producíamos la revista en encuentros de dos veces por mes. Esto habilitaba la elaboración de reflexiones en las que se entrecruzaban debates y obstáculos, desechando y retomando diversas opciones hasta acordar el asunto —que trato de evocar sin ningún prurito de originalidad glosando la palabra de Noé— como una forma de nombrar los concentrados, no como entidades concretas sino “constructos” y, por lo tanto, fenomenológicamente abordables en tanto objetos de conocimiento o, con más modestia, de un posible conocimiento. Ese es el carácter que tenían los términos elegidos que, siendo meros sustantivos de uso corriente, llegan a concentrados semióticos porque los convertimos instalándolos en el doble cruce —los dos planos de la escritura y el conflicto entre lectura e interpretación—, que sirve de marco para el surgimiento de objetos privilegiados en tanto atraen hacia una o hacia otra vertiente en ambos casos, diferenciándose de otros objetos indiferentes a las dos. En esa conversión los consideramos primero “objetos culturales” y luego nos situamos frente a ellos para progresar en su conocimiento. Es el caso de “La ficción”, “Los objetos culturales”, “La ciudad”, “El doble” “La corrección” o “El lugar común”, a partir de los cuales intentábamos especular semióticamente acerca de lo que significaban.

Sobre todo en el conflicto entre lectura, como actividad humana genérica, e interpretación, como modo particular y diferenciado en sus fines, se puede apreciar de qué manera el sintagma “El lugar común” —ora leído en la pluralidad de sus alcances, ora promoviendo en su singularidad una proliferación de interpretaciones porque de entrada las convoca— es un buen ejemplo de lo que llamamos “concentrados”.

También lo es “la corrección” que, inicialmente, consideramos “objeto cultural” porque sin ser algo específico es una construcción que está en todas partes y en ninguna; pura acción verbal, uso de la lengua, virtualidad a la que hay que conferirle ciertos atributos para diferenciar su objetividad de otros usos de la lengua. En cambio, como “concentrado semiótico”, puesto que recorre diversos tipos de textualidades y de discursos, se trata de determinar las significaciones que produce, en las circunstancias en las que toma forma y es reconocido como tal.

El tejido discursivo de cada número de *sYc* era el producto, como ya lo he mencionado antes, de la exploración conjunta de yacimientos de significación para reflexionar sobre asuntos que exigían una atención minuciosa. Así, cuando cada número de la revista iba a la imprenta, anteriormente durante meses y mientras se procesaban los ensayos de la edición en curso, se iniciaban nuevos debates e intercambios de ideas entre quienes participábamos de su producción.

Los años de *sYc*, la idea de figurar ese ámbito de trabajo intelectual como un laboratorio para Noé Jitrik, la circunstancia de que aquellos años podían ser considerados como de gran relevancia para su pensamiento, no supone restringirlo a una serie de etapas, someterlo a una cárcel unidireccional, lo que sería un intento condenado a falsear su concepción crítica. La idea de evolución resulta insuficiente porque no puede dar cuenta de los movimientos sísmicos que caracterizaban ese pensamiento, de modo que tales sacudidas no implicaban un avance lineal ni menos aún la confirmación sedante de un todo que ya estaba desde el principio. El ciclo de reaparición-repetición-inescancia no solo se relaciona con la configuración del texto sino también con un más allá del texto. Por lo tanto, es un punto en el que el proceso y la trascendencia se fusionan, de tal modo que, por una parte, se intersecan el adentro y el afuera de la semiosis y, por otra, la temporalidad no queda sometida al avance causal propio de la noción vulgar de tiempo. La inescancia diseminada en los textos de Jitrik es una dimensión indecible que se tiende entre la mano que traza la escritura y el ojo voraz del lector que persevera en la construcción del sentido.

La interpretación es un proceso sin fin, esa deriva perpetua es la manifestación desaforada de la incapacidad de cualquier discurso para condensar completamente, por medio de la paráfrasis o el comentario, el sentido de un texto. Esa imposibilidad es producto de la diferencia que se abre de manera irreductible entre literalidad y sentido. Ningún texto es portador de una u otra verdad, sino que primordialmente es una puesta en escena de los sentidos, todo texto es una esceno-grafía; y en el caso de aquellos textos que hacemos pertenecer al espacio de la literatura lo propio de la significación es su inagotabilidad, que se exhibe aún más cada vez que el voluntarismo de algunos discursos por reducirla a un ordenamiento conceptual culmina en la dicotomía empobrecedora de una imposición dogmática o de un fracaso irremediable.

Lo que caracteriza la significación, por lo tanto, es su inagotabilidad, de lo que se puede inferir que toda pretensión de nombrar definitivamente el sentido mediante la lectura de un texto, incluso de aquellos textos que tratan de convalidar tal pretensión, es vana. Para Noé Jitrik la lectura, al igual que la escritura, puesta en la inagotabilidad, puede recomenzar y siempre, por ello mismo, es insatisfactoria, está siempre a punto de asir algo que no deja de evadirse.

En los artículos que Noé fue publicando número a número en *sYc* es posible distinguir algunos núcleos que retomaban anteriores preocupaciones y las expandían luego en textos en los que abordaba las derivaciones posibles de sus especulaciones. Así “La escritura y la lectura en su entrecruzamiento” del N° 1 anuncia desde su título una de las instancias que profundiza en “La palabra que no cesa”, con la caracterización de la inescancia continuada y profundizada en “Del orden de la escritura” del N° 6, y “La operación de la escritura. El concepto central de corrección” del N° 8, a su vez retomados y expandidos en *El grado de la escritura*. “Carta sobre el doble: romanticismo y psicoanálisis” expone los vínculos que se tienden entre esos dos espacios de pensamiento y pone de manifiesto uno de los puntos de exploración más insistentes en su obra; mientras que “No decir nada: la conversación en la cúspide de la comunicación” y “Discusiones perdidas de antemano” son antecedentes luego profundizados en *Fantasmas semióticos: concentrados*.

Pensar estas referencias en clave conductista, es decir, como parte de un proceso mecánico de influencia, supone pasar por alto toda una constelación de apropiaciones, interpretaciones y modulaciones respecto a la propia tradición y al momento de la escritura del ensayo, que lo sitúan en un plano en el cual las polémicas de los contextos de origen no son relevantes, ni implican argumentaciones viciadas de contradicción. La diferencia específica que se produce entre el campo de origen y la instancia de lectura y reescritura que lleva a cabo, se genera, entre otros motivos, por el hecho de que los debates teóricos y las polémicas epistemológicas del campo francés no parecen pertinentes ni paradójicos para el objetivo que esas remisiones apuntan a dilucidar. Esto último, referido al texto de Jitrik, no exhibe un caso particular sino que pone en evidencia un circuito de producción teórico-crítica del período que entra en conflicto con la idea simplista de influencia o de trasposición mecánica.

La remisión a un autor, Sartre o Blanchot, o el reenvío a Barthes en la noción sartreana de elección en el caso de la escritura, no supone la aplicación de un modelo sino, antes bien, un gesto que al poner en la letra la referencia exhibe el proyecto de teorizar. “Nuestra indisciplina, que nos aleja de la gran cultura europea, es la fuente de nuestra riqueza, en ella reside toda nuestra creatividad, una fuerza que los argentinos, que los latinoamericanos poseemos y que nos reconduce a la cultura europea, nos permite inflexionarla, acaso modificarla o por lo menos seducirla en algunos instantes”, escribió.

Las ediciones de *sYc* tenían en promedio ciento cincuenta páginas, en las que poníamos el acento tanto en el cuidado de los textos publicados como en la presentación del formato libro de la revista. La mención de los colaboradores que integraban cada sumario junto con los que hacíamos *sYc* me releva de cualquier comentario acerca de la importancia intelectual que había alcanzado la revista. *sYc* tenía una frecuencia anual de publicación, sin embargo los que la hacíamos, como anticipé, nos reuníamos dos veces por mes, en la medida en que nuestras actividades lo permitieran, y así lográbamos establecer una rutina que se cumplía casi sin excepciones. Eso significaba que cada número era el resultado de largas deliberaciones, debates, remisiones, en los que cada uno de nosotros nos enriquecíamos y así expandíamos nuestras propias preocupaciones y especulaciones.

El título de este trabajo enfocado en Noé Jitrik trata de rescatar, condensada en pocas palabras, una experiencia luminosa para quienes participamos en ella. Al relacionarlo con la obra de su director exaltamos una modalidad de elaborar el pensamiento no atada a las urgencias de la actualidad, toda vez que profundiza las ideas para afinarlas y animarse a volver sobre ellas cumpliendo así con las premisas de la incesancia.